

Capítulo 2: Poniéndonos en camino

El capítulo segundo subraya la dimensión de respuesta que tiene toda vocación cristiana. Dios es gracia, pero sale al encuentro de nuestra libertad. «El que te creó sin ti, no te salvará sin ti», decía un antiguo teólogo cristiano. El Señor requiere tu respuesta, te invita a que te pongas en camino. Aunque ese camino sea muchas veces una lucha, un duro trabajo (ascética). De todas formas, este capítulo forma un todo inseparable del primero: son como el díptico de la vocación.

1. Lo que yo creo

La llamada de la Palabra pone en camino al creyente, al buscador o al que se siente interpelado, aunque no esté muy clara la fe y la obediencia. Le hace comprenderse e identificarse a la luz de la misma Palabra-misión. Dios le llama nombrándolo. Dios nos llama por un nombre.

Responder a Dios es contestar a su llamada; es decir «aquí estoy» (*hinnenî*), expresión típica, en la Biblia, de disponibilidad o respuesta de acogida. Una persona, una sociedad que no sabe o retrasa su respuesta mantiene sin estrenar el camino. Responsabilidad es decir "sí", asumir, profesar, comprometer la vida por entero y repetir el amén de cada día y el amén para siempre. Para nosotros, marianistas, esa respuesta se identifica también con el *fiat* (*hágase*) de María.

Este camino comienza con una "salida de", que supone un desprendimiento, una ruptura. Toda vocación de Dios pone al llamado en situación de éxodo, siendo esta experiencia uno de los criterios fundamentales de autenticidad de la propia vocación.

La salida es percibida como una liberación y, a la vez, como una pascua, como un paso que se da en dirección a la libertad y la comunión y que nos lleva a la plenitud: la tierra prometida, la felicidad-fecundidad personal y comunitaria.

El camino lo sella Dios con su alianza, que es un pacto de amor. Uno recorre su camino "en alianza" con Dios y con su pueblo. El camino es una experiencia costosa, pero motivada por el amor y la presencia de Dios y de los demás.

El camino es así movimiento continuo en alianza y hacia la promesa. En él «todo es gracia». Pero no faltan la debilidad personal, el pecado y las dificultades externas. Por lo mismo, en este camino no puede estar ausente la conversión: volver el rostro, la orientación de la persona desde una posición a otra. Caminar es reorientarse, es establecer la dirección de la marcha, que no es otra que la señalada por la llamada y la alianza. Convertirse es cambiar el corazón, de piedra a carne, para que pueda ser amado y amar por entero al Señor (Ez 36,26). Para poder convertirnos, tenemos que aprender misericordia: sólo un corazón misericordioso es capaz de conversión; el cristiano sólo se convierte cuando ha descubierto a un Dios lleno de

misericordia, y se deja convertir por Dios mismo («Pero yo la cortejaré, me la llevaré al desierto, le hablaré al corazón», Os 2,16).

Las etapas de la vida están marcadas habitualmente por crisis, que no son más que momentos significativos de cambio o transformación. Así podemos hablar de primera conversión, que se da en la etapa inicial (juventud), cuando asumimos la verdad de nosotros mismos y reconciliamos el ideal con la realidad; y de segunda conversión (ligada a la mitad de la vida), cuando Dios nos pide una nueva fundamentación, un «nacer de nuevo» (Jn 3,3-4).

El camino adquiere una dimensión nueva cuando la acción de Dios y nuestra respuesta coinciden en lo que llamamos "experiencia fundante", es decir, cuando pasamos de vivir centrados en nosotros mismos, y movidos por nuestras necesidades, deseos y actividades, a centrar nuestra vida en Dios y el Reino; cuando vivimos una vida teologal (fe, esperanza y amor), desde la que entendemos y procedemos de otra manera: identidad, comunidad y misión.

La vida cristiana es así un itinerario, un camino de respuesta a la Palabra, al seguimiento de Jesús. El itinerario tiene dimensiones diferentes: *liberadoras* (una ascesis, que es a la vez obra de Dios y acción nuestra), *iluminadoras* (una nueva sabiduría, que vamos adquiriendo en la oración, la formación y la experiencia de la vida diaria), y *unitivas* (el encuentro con Dios, que se realiza en lo más profundo de la vida, asumiendo la realidad y acogiendo al hermano en sus pobreza y dificultades).

En este camino se avanza con la verdad de la fe y la entrega del amor, pero no puede faltar la esperanza, que es la fuerza que motiva y fascina, que hace correr hacia adelante como el niño que no tiene miedo y al que le gusta adentrarse en un espacio y un tiempo que para él son inmensos y desconocidos, pero cargados de promesas o de sorpresas. La esperanza es así la virtud niña, que tira de la mano de sus hermanas mayores, la fe y el amor, para avanzar siempre más allá, hacia donde guía el Espíritu.

La Familia marianista entiende también su vida y su misión "en camino". Todos los elementos de nuestra espiritualidad ayudan a realizar ese itinerario de respuesta a la Palabra. Además, tenemos desde nuestros orígenes una propuesta de camino espiritual que nos dispone a revestirnos del hombre nuevo con vida plenamente motivada por la fe, la esperanza y la caridad, haciendo un progreso y dando unos pasos que están sugeridos en lo que se conoce como Método de virtudes: su estructura muestra claramente que el camino se hace desde el éxodo hasta la vida plena conformada en Jesucristo, que entrega su Espíritu a los apóstoles para ir por todo el mundo y evangelizar.

Orar ya es responder a Dios, porque es disponerse al encuentro con él y con su Palabra. Sin embargo, la oración es también una escuela para aprender la respuesta de amor que debo dar al Señor: nuevas actitudes, decisiones o compromisos en favor del Señor y de los demás. No olvidamos que esta respuesta sigue siendo un don o gracia suya. La oración guía el camino. No debe ser dejada nunca, y menos momentos de debilidad o pecado. Ayuda a progresar y a superar la crisis, sella mi conversión, me acompaña en mi nuevo nacimiento.

2. Para hacer el camino

1. *Conocerme, conocerte*

Si he iniciado este camino de respuesta al Señor, es importante conocerme a mi mismo, conociendo la llamada de Dios. La vocación descubre en primer lugar el nombre de cada uno: quién soy ante Dios y ante mí mismo. Por otra parte, hay un deseo de conocer mejor al Señor: «Que yo me conozca, que yo te conozca», repetía san Agustín. El Padre Guillermo José Chaminade afirmaba: «Toda la perfección del hombre consiste en conocer a Dios y conocerse a sí mismo».

El autoconocimiento no se realiza en introspección psicológica, sino en conocimiento mutuo de uno mismo con Dios y con los demás. Sin embargo, es útil y conveniente recurrir a las ciencias humanas (psicología y sociología) para conocerse mejor.

Sugerencias

1. Puede ser de gran ayuda para ti conocer y aplicarte algún método de autoconocimiento (eneagrama, análisis transaccional, focoussing, etc). No lo hagas solo, sino guiado por alguien o en grupo. El fruto será no sólo psicológico, sino espiritual. Nunca se termina de tomar conciencia de nuevas facetas de nuestra persona, pero estos métodos ayudan a hacer sucesivos descubrimientos.
2. Cualquier página de la Escritura nos ayuda a conocernos, pero, sobre todo, los salmos son oraciones en las que nos podemos conocer y reconocer. Elige esta semana uno con el que te identifiques y ora con él. En la sección "Un tiempo para la Palabra", de cada capítulo, tienes varios salmos. Deja que éstos susciten en ti sentimientos, actitudes y reacciones de oración. Anota después tu vivencia al orarlos.
3. El árbol es un buen símbolo para expresar nuestra realidad. Dibuja el árbol de tu vida en este momento: como raíces, pon todo lo que te alimenta y te hace crecer desde lo profundo; como ramas y hojas, lo que te llega desde fuera, desde los demás; como frutos, lo que vas realizando y dando. Apunta también otras cosas que se te ocurran (heridas o inscripciones en el tronco, los que anidan o se refugian en tu copa, etc). Con este ejercicio puedes valorar tu momento presente: crecimiento, maduración, relaciones, etc.

2. Discernir: la vigilancia evangélica

En el Evangelio, Jesús invita continuamente a velar, a no dormirse, a estar atentos, a ser «sencillos como palomas y prudentes como serpientes» (Mt 10,16). Todo ello nos habla del discernimiento, de la capacidad de separar lo malo de lo bueno (sentido moral), del arte de descubrir por dónde habla el Espíritu y qué dice, de la sensibilidad ante la llamada de Dios en mi vida.

Uno de los grandes maestros del discernimiento fue Ignacio de Loyola. En sus Ejercicios Espirituales indica cómo debe ponerse la atención para discernir los espíritus: «Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer, y otros dos, que vienen de fuera: el uno que viene del buen espíritu, y el otro del malo» (Ej. 32). Ignacio mismo nos dejó instrumentos valiosos para orientarnos: su "*Reglas de discernimiento*" (Ej. 313-336) es uno de los documentos más valiosos y lúcidos de la espiritualidad cristiana y de la psicología.

Aprender a discernir es vital porque me hace un cristiano despierto y lúcido: me ayuda a formar mi sensibilidad espiritual, a estar atento a lo que Dios quiere, a ser crítico ante las respuestas que damos en la vida. «Dios mío, sé tú mi único deseo» (Adela de Trenquelleon, Cartas, n. 246).

«Discernir es simplemente dejarse llevar por el Señor. Sin embargo, este dejarse llevar, si se analiza bien, es una osadía. Discernir es una osadía de cara a la libertad, y requiere además una libertad osada [...]. La osadía de la libertad que el discernimiento requiere consiste, de cara a uno mismo, en permitirse y atreverse a proceder ciegamente por donde la razón ya no puede acompañar las actuaciones humanas. La libertad ayuda a proceder a ciencia cierta por donde se cree que es lo prudente, o simplemente por donde quiere la voluntad. En el caso del discernimiento, se opta osadamente -de cara a la libertad- por donde no se ve, por donde se es llevado» (Carlos R. Cabarrús, *Discernimiento espiritual*, Pedagogía CIS Roma 1990).

Y es que el ejercicio del discernimiento es una tarea de inteligencia especial, en la que se aprende a pensar de nuevas maneras, a tener los criterios que vienen de la fe y que vienen del resultado de una lucha interior; en la que el Espíritu de Dios quiere emplearse a fondo para conducir, para iluminar y comprometer. Porque el discernimiento culmina en la elección (en aceptar ser elegido diría Ignacio), en decisiones creativas, evangélicas y transformadoras.

Sugerencias

1. Habitualmente, utilizas el examen de conciencia para prepararte al sacramento del perdón. Pero ¿utilizas el examen al final del día como revisión y acción de gracias? ¿Estás habituado a él? Fíjate en este sencillo esquema para hacerlo. Se le conoce con el nombre de "Oración de Alianza".

a) De ti a mí (examen o revisión de lo que hoy he recibido de Dios: dones, gracias, encuentro, etc.).

b) De mí a ti (examen de mi respuesta a lo largo del día: si he fallado a su amor, a la moción del Espíritu, pido perdón; si he sabido actuar como él quiere, le doy las gracias, etc.).

c) Tú y yo, mañana (me preparo para el día siguiente, tomando como base lo que ha ocurrido hoy entre él y yo).

2. Otro instrumento que puede ayudarte mucho: el examen de la oración. Resérvate un cuaderno para ir escribiendo lo que vas sintiendo y percibiendo en cada tiempo de oración personal. Identifica las mociones del Espíritu que se dan en ti. Trata de saber hacia dónde te está queriendo llevar el Señor en este período de tu vida. Comparte y comenta lo que has escrito con alguien que tenga experiencia del discernimiento espiritual.

3. Discernir y orar con la actualidad del mundo. Después de leer la prensa de hoy, o de informarte de las noticias de radio o TV, elige una noticia importante de ámbito nacional o internacional: ¿Qué criterios utilizas para formarte una opinión sobre ella? ¿Qué juicio te merece desde la valoración evangélica? ¿Cuál es el comentario que con profundidad puedes hacer de los acontecimientos en los que tú o los demás os veis implicados? Lleva esas noticias y tu discernimiento a la oración. Deja que Jesús diga también su palabra sobre ello; escucha su versión de los hechos; deja que el Espíritu ilumine el "fondo del alma".

3. Caminar creciendo

Para hacer más dinámico y progresivo mi camino espiritual, conviene echar mano de algunos instrumentos o medios que impulsen y guíen los pasos que voy dando. Aquí tienen su papel los distintos "métodos" o caminos, bien sea para iniciarme en la oración (en cada capítulo de este libro tienes uno), o en el discernimiento, o sencillamente para organizar mi vida de fe y mi compromiso cristiano.

Toda espiritualidad y todo movimiento en la Iglesia tienen sus propias propuestas para ayudar a crecer y formarse como cristiano. El catecumenado no puede ser solamente una etapa de preparación sacramental; estamos en un catecumenado de adultos permanente, ya que toda la vida cristiana se entiende en clave de proceso y de personalización. Proceso porque nuestra vida de fe va siguiendo unos pasos, unas etapas; personalización porque el proceso, aun teniendo elementos comunes para todos, cada uno tiene que aplicarlo de manera única.

Sugerencias

1. Practica cada semana con alguno de los métodos de oración propuestos. Evalúa su incidencia en tu oración.

2. El "Método de virtudes" marianista es un itinerario de trabajo espiritual que puede ayudarte mucho. Especialmente interesante es su primera etapa: las virtudes de preparación. Allí aparecen los "Cinco silencios", verdadera escuela para aprender la sabiduría del silencio y la escucha profunda. Pide algún texto del Método de virtudes, o bien trabaja y comparte en grupo sobre los Cinco silencios.

3. Quizá deberías introducir, o valorar más, en tu camino personal de fe el proyecto personal de vida o los ejercicios espirituales. ¿Qué es lo que permanece en ese proyecto y qué es lo que vas introduciendo como nuevo en el pasar del tiempo? ¿Qué es lo que te han dejado los últimos ejercicios espirituales que has hecho?

4. Fíjate en este dicho: «La persona, hasta los 25 años aprende. Desde los 25, realiza. A partir de los 40, peregrina. Y desde los 60, se entrega». ¿Qué significan para ti los cuatro verbos de esta frase? ¿Cómo entiendes vitalmente el verbo que corresponde a tu edad, y en qué sentido están integrados en ti los verbos de las etapas anteriores? Este ejercicio puede servir para valorar y revisar la vida, incluso para orar.

3. Caminos de oración

LAS ORACIONES DE LA IGLESIA

Qué es

1. La distinción entre oración vocal y oración mental es un hecho moderno. Desde la antigüedad y hasta la Edad Media, se oraba y se leía pronunciando la oración o el texto. El mismo san Agustín se extrañó un día, al sorprender a san Ambrosio, su obispo y consejero en Milán, leyendo en silencio, sin mover los labios. Lo normal era orar o leer vocalmente. La mayoría de los maestros espirituales opinaban que orar con palabras es la primera etapa de nuestro camino de oración. La más importante. Y a veces, la única.

2. Jesús, cuando sus discípulos le piden que les enseñe a orar (Lc 11,1), lo que hace es ofrecerles una "plegaria" para siempre y para orar juntos como comunidad. Es la "oración dominical", la oración del Señor, el padrenuestro. Si alguien preguntara: «Si nos tuviéramos que quedar con un solo método de oración, ¿cuál elegiríamos?», responderíamos que nuestro único método es decir «Padre nuestro...».

3. Teresa de Jesús, en el libro dedicado a enseñar a orar a sus comunidades, se centra precisamente en la "oración dominical". Dice así al

final de Camino de Perfección: «*Veis aquí, amigas, cómo es el rezar vocalmente con perfección, mirando y entendiendo a quién se pide, y quién pide, y qué es lo que se pide. Cuando os dijeren que no es bien tengáis otra oración sino vocal, no os desconsoléis. Leed esto muy bien: que rezar vocalmente no os lo puede quitar nadie, ni rezar el paternoster de corrida*» (C 73,1).

4. En nuestro camino de fe queremos orar poniéndonos en camino precisamente con las oraciones de la Iglesia y de la Familia marianista. Así oramos haciendo Iglesia, desde la sencillez y la comunión con todos.

Cómo orar

1. Hago silencio exterior e interior durante unos minutos.

2. Me pongo delante de Dios, y me hago consciente de su presencia y de su amor.

3. Elegida la oración, Padre nuestro, Ave María, un salmo u otra plegaria recogida de la tradición eclesial o marianista, por ejemplo el Nada te turbe, de santa Teresa, o la Oración de las Tres, etc., la rezo o recito entera en mi interior.

4. A continuación me voy deteniendo, «contemplando la significación de cada palabra de la oración» (Ignacio de Loyola, Ejercicios, 249, 2º modo de orar). «Y esté en la consideración de esta palabra tanto tiempo cuanto halla significaciones, comparaciones, gustos y consolación [...]. Y si la persona que contempla el Paternoster hallare en una palabra o en dos tan buena materia que pensar, y gusto y consolación, no se cure pasar adelante, aunque se acabe la hora en aquello que halla» (Ej. 252.254).

5. Esta forma de contemplar también la puedo alternar o suplir con el recitado de la oración, llevando el ritmo de la respiración: «El tercer modo de orar es que con cada anhélito o resollo (al inspirar o expirar el aire), se ha de orar mentalmente, diciendo una palabra del Paternoster, o de otra oración que se rece [...], y mientras durare el tiempo [...], se mire principalmente en la significación de la palabra o en la persona a quién reza» (Ej. 258).

6. Termino recitando entera la oración, y doy gracias por el rato de encuentro y por la luz o fuerza que he recibido al orar.

7. ¿Cómo he estado en este rato? ¿Qué he sentido o percibido? Si hay algo interesante, lo anoto en mi cuaderno de oración.

4. Un tiempo para la Palabra

El camino de la justicia - Sal 1

Ponte con sinceridad ante los dos caminos que te presenta este salmo de introducción al salterio. Contempla la meta que aguarda a los que, fieles a la Alianza, ponen su gozo en la ley del Señor, y la que espera a quienes expresan su burla del justo con su cinismo. Déjate ganar por la primera palabra: "¡Dichoso!". Es como si oyeras un "Felicidades" cordial y festivo. Repara en lo elemental de las imágenes empleadas: aprecia, en lo caluroso del clima palestino, ese árbol plantado al borde de la acequia y que no se marchita; y sigue con la vista de tu imaginación la inconsistencia de ese montón de paja arrebatada por el viento. Tu vida también es un camino. Dios te lo señala. Realízalo tú con responsabilidad. Pero, sobre todo, no olvides quién dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). Emprende el camino de la vida tras las huellas de Jesús, no frente a él.

*Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche.
Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.
No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
En el juicio los impíos no se levantarán,
ni los pecadores en la asamblea de los justos;
porque el Señor
protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal.*

¿Quién puede habitar en tu tienda? - Sal 15 (14)

La pregunta que el orante bíblico se plantea, y que tú también te formulas, se refiere a la posibilidad de un culto separado de su repercusión en la conducta diaria. La respuesta del sacerdote a la puerta del templo te ofrece el espejo de seis enunciados: todos miran al prójimo. El séptimo es su resumen. Están todos en la "línea interior" de la manifestación del querer de Dios que el profeta Miqueas nos señaló (cf. Miq 6,8). Pondera la serena firmeza con que el salmo te proclama que «el que así obra nunca fallará». ¿Será preciso que te recuerden la necesaria reconciliación con el hermano ofendido antes de participar en el culto (Mt 18,22)? Jamás podremos presentarnos ante Dios sin haber franqueado antes la puerta de la paz

fraterna. Así será más completa nuestra semejanza con el Santo y Justo que «dio su vida en rescate por todos» (Mc 10,42).

*Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
El que practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo,
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor;
el que no retracta lo que juró
aun en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará.*

Vocación de Jeremías - Jr 1,4-12

Ante la llamada caben posturas de miedo, de sentirse muy poca cosa ante la responsabilidad de la misión encomendada, incluso de indignidad personal. Pero el Señor te dice como a Jeremías: no temas ni pongas excusas, porque no se trata de tu poder o tu valía, sino de mi poder, de mi palabra, de mi fidelidad. La vocación de Jeremías es consoladora porque sitúa la fuerza de poder responder en Él, no en mí. Pero, claro, invita a caminar desde Él, a llevar a todos la Palabra de Él.

*Recibí esta palabra del Señor:
Antes de formarte en el vientre, te escogí,
antes de que salieras del seno materno,
te consagré: te nombré profeta de los gentiles.
Yo repuse: ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar,
que soy un muchacho.
El Señor me contestó:
No digas "Soy un muchacho",
que a donde yo te envíe, irás,
y lo que yo te mande, lo dirás.
No les tengas miedo,
que yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-.
El Señor extendió la mano y me tocó la boca; y me dijo:
Mira, yo pongo mis palabras en tu boca,
hoy te establezco sobre pueblos y reyes,
para arrancar y arrasar,
para destruir y demoler,
para edificar y plantar.
Recibí esta palabra del Señor: ¿Qué ves, Jeremías?
Respondí: Veo una rama de almendro.
El Señor me dijo: bien visto,
porque yo velo para cumplir mi palabra.*

La Sabiduría, ese gran regalo. - Sab 7,21-9,18

Cada uno de nosotros va percibiendo a lo largo de su vida, corta o larga hasta ahora, la entrada progresiva de este "saber" nuevo que no viene ni de los estudios ni de la propia experiencia, sino del mismo misterio de Dios. Este largo pasaje te hace palpar la experiencia de los creyentes sobre esta sabiduría que te sobrepasa, que no viene de ti y que, sin embargo, está naciendo en ti: es la sabiduría de la fe, la que comunica y hace crecer el Espíritu Santo. Da gracias por este saber espiritual, que es un "sentir y gustar las cosas internamente", según Dios, según el espíritu del Evangelio. Pide, incluso, como Salomón, el acrecentamiento de este saber de Dios, para poder discernir, comprender mejor cómo responder a lo que el Señor quiere.

*Todo lo sé, oculto o manifiesto,
porque la sabiduría, artífice del cosmos, me lo enseñó.
En efecto, es un espíritu inteligente, santo, único,
múltiple, sutil, móvil, penetrante, inmaculado, lúcido, invulnerable,
bondadoso, agudo, incoercible, benéfico, amigo del hombre,
firme, seguro, sereno, todopoderoso, todovigilante,
que penetra todos los espíritus inteligentes,
puros, sutilísimos.
La sabiduría es más móvil que cualquier movimiento,
y en virtud de su pureza lo atraviesa y lo penetra todo;
porque es efluvio del poder divino,
emanación purísima de la gloria del Omnipotente;
por eso nada inmundo se le pega.
Es reflejo de la luz eterna,
espejo nítido de la actividad de Dios
e imagen de su bondad.
Siendo una sola, todo lo puede;
sin cambiar en nada, renueva el universo,
y entrando en las almas buenas de cada generación,
va haciendo amigos de Dios y profetas [...].
La quise y la rondé desde muchacho,
y la pretendí como esposa,
enamorado de su hermosura.
Por eso decidí unir nuestras vidas,
seguro de que sería mi consejera en la dicha,
mi alivio en la pesadumbre y la tristeza [...].
Dios de mis padres, Señor de misericordia,
que todo lo creaste con tu palabra
y formaste al hombre sabiamente
para que dominara todas tus criaturas,
gobernara el mundo con justicia y santidad
y administrara justicia rectamente:
dame la sabiduría entronizada junto a ti,
no me niegues un puesto entre los tuyos.*

Lo que Dios desea de ti - Miq 6,8

Un versículo que vale por un largo discurso. Una invitación condensada en tres expresiones: respetar el derecho, amar la misericordia, caminar humildemente ante Dios. Cuando has sentido que Dios se "quejaba" de tu respuesta, que te sentía lejano a él; cuando, en medio de ese sentimiento de pobreza y de lejanía, sabías que su amor fiel estaba ahí inmovible, probablemente te has preguntado: «Entonces, ¿qué tengo que hacer?». Y con el profeta tenías la certeza de que la respuesta no podía ser grandilocuente ni hipócrita. La respuesta que Dios espera está en el centro mismo de la Alianza: darte tú mismo, darte desde el fondo, desde el corazón mismo de Dios.

*Te he explicado [...] lo que Dios desea de ti:
simplemente, que respetes el derecho,
que ames la misericordia
y que andes humilde con tu Dios.*

El nuevo nacimiento - Jn 3, 1-21

A veces tu oración es ésta. Primeramente, la valentía de salir de tu rincón privado de fariseo (de hombre o mujer bueno, religioso, honesto), y, aunque sea de noche (es decir, a hurtadillas: tú sabrás por qué te escondes y de qué tienes pudor), encontrarte con Jesús cara a cara. Una vez hecho esto, mantenerte en conversación con él. Sobre todo dejándote enseñar por el Maestro, tú que presumes de saber tanto, o quejándote de llevar tantos años de oración baldía. Escucha a la Palabra en persona, déjate conmover por ella. No tengas impaciencia por averiguar de repente qué es eso de nacer de nuevo o nacer de lo alto. Además, es que lo sabes (tantos años de sacramento del bautismo y de la confirmación en el Espíritu...); lo que ocurre es que hace falta un dejar que de verdad empieces a nacer desde Dios. Este es el nombre que recibe la fe cuando se ha hecho un camino vital, irreversible, salvífico.

Había un fariseo llamado Nicodemo, jefe judío. Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él.

Jesús le contestó: Te lo aseguro, el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le pregunta: ¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer? Jesús le contestó: Te lo aseguro, el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu. No te extrañes de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu.

Nicodemo le preguntó: ¿Cómo puede suceder eso? Le contestó Jesús: Y tú, el maestro de Israel, ¿no lo entiendes? Te lo aseguro, de lo que sabemos hablamos; de lo que hemos visto damos testimonio, y no aceptáis nuestro testimonio. Si no creéis cuando os hablo de la tierra,

¿cómo creeréis cuando os hable del cielo? Porque nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre.

Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

La Visitación de María a Isabel - Lc 1,39-56

Israel temblaba y a la vez gozaba con la presencia de Dios: ya fuera en el Arca, en el Templo o en el propio corazón. La escena de la Visitación no puede ser leída y contemplada desvinculada de esa experiencia del Pueblo de Dios.

El "hágase" de María ha abierto la puerta de esta presencia del Mesías, que llena de gozo al que será el último profeta. Su misma madre pronuncia la bienaventuranza de la fe, que es un anuncio de la que hará años más tarde el mismo Jesús. Entra en este clima de presencia y de alegría, y déjate después llevar por el primer gran himno de alabanza del Evangelio que es el Canto de María.

El Magnificat es tanto una bendición de la Madre como el Salmo por excelencia de la Iglesia. Hazlo tuyo, personalízatelo, refiérelo a lo que Dios está haciendo contigo. Hazlo de todos, descubre a la Iglesia queriendo entrar por este camino sorprendente del Dios Amor Salvador.

Unos días después, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo, y dijo a voz en grito: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. María dijo:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.*

*Desde ahora me felicitarán
todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho
obras grandes por mí:
su nombre es santo.*

*Y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos,
y enaltece a los humildes;
a los hambrientos los colma de bienes,
y a los ricos los despide vacíos.*

*Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abrahán
y su descendencia para siempre.*

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a casa.

5. Un tiempo para el carisma

1. La vida espiritual como proceso

El profeta Elías o el viajero y misionero Javier. Nombres que recuerdan caminos, fruto de persecuciones y huidas, de coherencias de la fe y de envíos evangelizadores. Estas imágenes de la Escritura y de la Historia de la Iglesia, ilustran los procesos personales que Chaminade prevé que seguirán sus discípulos y sus fundaciones. El pan de Elías «hay que terminarlo del todo»: nuestro camino está hecho de tiempos diversos que hay que asumir, «comer». Y en medio del camino, momentos para gozar del monte, momentos de Tabor, «momentos felices que quedan grabados en el alma para siempre».

Nuestro Buen Padre nos recordó la huida de Elías por el desierto. Llegado a un lugar, rendido de sueño y cansancio, se durmió. Un ángel vino a despertarlo diciéndole estas palabras: Levántate y come porque aún te queda mucho camino por andar. Elías se levanta, come y se vuelve a dormir. Pero el ángel lo despierta de nuevo y le dice por segunda vez: Levántate y come. Cuando terminó el resto del pan, se sintió tan fortificado por el alimento celestial que caminó durante cuarenta días. Al cabo de esos cuarenta días llegó al monte Horeb, donde vio a Dios. Este sólo momento ya le compensó de todas sus fatigas y penas. Ese monte era figura de la perfección.

*Nuestro Buen Padre nos dijo que las virtudes de preparación y el trabajo de purificación son la mitad del pan de Elías, que tenemos que comer pero sin detenernos ahí. Hay que terminarlo del todo, es decir, adquirir las virtudes de consumación, para llegar a aquel monte tan deseado donde veremos a Dios. Este corto instante es tan feliz que compensa de todas las penas que uno pueda haber sufrido. Nos contó que san Francisco Javier no estimaba haber hecho demasiado, en comparación del gozo que produce uno de esos momentos felices que quedan grabados en el alma para siempre. Es el descanso santo, el sueño, o mejor el éxtasis, cuya dulzura gustó Adán cuando Dios le quitó una de sus costillas para formar a la primera mujer. Aquel sueño prefiguraba el sueño de Jesucristo en el árbol de la cruz, cuando le abrieron el costado, de donde salió su esposa sagrada, la Iglesia (Tres conferencias del Padre Chaminade a las Hijas de María sobre la perfección y el espíritu del Instituto, ¿1816-1825?. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 211-212, nn. 1145-1146).*

2. Jesucristo, nueva humanidad

El camino espiritual busca plenitud, va en busca de hondura. Como dice el texto original del Evangelio que solemos traducir por "sed perfectos": "sed gente que va más lejos", "llegad a vuestra plenitud como persona", a lo mejor de vosotros mismos. Esta tarea no es un puro prometeísmo; llegar a una plenitud personal, según la medida de cada uno, es una obra del mismo Dios (Ef 4,7). Pero el modelo de la humanidad nueva es Jesucristo. La Iglesia sólo tiene un camino, el de la dignidad humana, el que encarnó y recorrió Jesús de Nazaret. Después de Cristo, lo verdaderamente humano se ajusta al Evangelio. Jesucristo, nueva humanidad

Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Este fue el texto que nuestro Buen Padre tomó para la primera conferencia que nos dio sobre la perfección. Jesucristo dirige estas palabras en su Evangelio a todos los cristianos, pero hace de ellas un precepto para todas las personas religiosas. Por eso estamos obligados a tender a esta deseable perfección de nuestro Padre celestial. Nunca llegaremos a alcanzarla por completo, pero debemos trabajar en ello sin descanso, de modo que ésta sea nuestra ocupación más importante. Para animarnos a este trabajo, hay que considerar en qué consiste la perfección a la que estamos llamados, y qué medios debemos emplear para conseguirla.

*La perfección consiste en despojarse del hombre viejo y revestirse del nuevo. Pero ¿qué es el hombre viejo? Es esta naturaleza corrompida que nos ha dejado nuestro padre Adán. Por tanto, hay que hacer morir esta naturaleza, despojarnos de ella completamente para que el nuevo Adán se forme en nosotros. ¿Quién es ese hombre nuevo? Es Jesucristo (Tres conferencias del Padre Chaminade a las Hijas de María sobre la perfección y el espíritu del Instituto, ¿1816-1825?. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 207, nn. 1132-1134a).*

3. María, formadora en el camino cristiano

«Madre de la vida y de la gracia». «El Padre ha puesto en manos de María los tesoros adquiridos por Cristo, para que ella ejerza las funciones de su maternidad». María está en el comienzo, acompañando la llamada, pero también está en el camino: engendra, acompaña y forma. María forma «recibiendo y entregando»: «es el canal que recibe y deja correr hasta nosotros». Recordemos que este doble movimiento es el de la transmisión kerigmática del Evangelio: «porque yo recibí lo que a mi vez os he transmitido» (1 Cor 15,3). Hay que caminar sabiendo recibir y comunicar lo recibido.

El primer deber de una madre es alimentar a sus hijos, y la primera necesidad que siente es la de amarlos. María no ha querido renunciar a esta obligación sagrada. Madre de la vida y de la gracia, nos ha dado la vida, y cada día derrama en nuestras almas la gracia que debe alimentarlas, fortificarlas y hacerlas llegar a la plenitud de la edad perfecta. Efectivamente, de su bondad recibimos todos los auxilios que conducen a la salvación. Es verdad que Jesucristo, de quien viene todo nuestro valer, es el único que nos ha podido merecer esas gracias por su muerte. Como Padre, ha provisto

*abundantemente de todo lo necesario para la vida de nuestras almas, para el aumento de nuestras fuerzas, para la curación de nuestras enfermedades y para el desarrollo de la fe y de todas las virtudes. Al mismo tiempo, ha puesto en manos de María los tesoros de bendición adquiridos por su sangre, para que ella ejerza las funciones de su maternidad. De ese modo, María, como Madre de una gran familia, distribuye todos los bienes según las necesidades, las circunstancias y la fidelidad de cada uno. Por eso, nada viene del cielo sin pasar por la Santísima Virgen. Ella es el canal que recibe y deja correr hasta nosotros el agua bienhechora de la gracia. Como dice san Bernardo, María ha sido dada al mundo para que por ella se transmitan sin cesar los dones celestiales de Dios a los hombres; y Jesucristo ha querido poner en manos de María el fruto de sus méritos para que recibamos de ella todos los bienes que podamos obtener (Breve tratado del conocimiento de María. Manual del Servidor de María (1844). En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 107, n. 495).*

4. El principio de todo

Caminar según el Espíritu es «hacerle sitio, darle libertad para obrar e influir en nosotros». Y él lo que hace es encaminarnos a vivir de Dios y para Dios. Todo el proceso de la vida cristiana es "espiritual", en cuanto que está movida y animada por el Espíritu de amor y libertad, por el Espíritu que siempre tiende a crear, a hacer nacer y renacer, a dar vida. En nuestra oración nos abrimos de una manera más consciente a esta actuación.

En esto consiste precisamente ser espiritual y vivir según el espíritu: en que el Espíritu Santo es en nosotros el principio de todo, nos posee por completo, nos tiene en sus brazos y nos lleva a todo lo que él quiere. Esto se realiza en unos más visiblemente que en otros, pero se realiza de verdad en todos los que se quieren mortificar y renunciar totalmente a la carne y a sí mismos [...].

Cuando hacemos sitio en nosotros al Espíritu y le damos libertad para obrar e influir en nosotros, nunca deja de actuar, de guiarnos y de tomar posesión de nuestras potencias para elevarlas a las obras que Dios quiere de nosotros. Está y habita en nosotros, para obrar en nosotros para gloria de Dios, para vivificarnos y para ser el principio de nuestra vida nueva y de la vida divina de la que tenemos que vivir [...].

*Efectivamente, desde el bautismo, en el que recibimos el espíritu de hijos de Dios, debemos vivir según Dios y de la vida misma de Dios, porque el hijo debe vivir de la vida de su padre, desciende de él como un segundo viviente, y debe continuar, extender y renovar su misma vida. En una palabra, debe tener un mismo principio de vida con su padre. Ahora bien, la vida de Dios en Dios es Dios mismo, y él mismo es el principio de su vida. Así también la vida de Dios en nosotros es Dios mismo, y él es el principio de nuestra vida, el que nos anima, nos mueve y nos da fuerzas (Manual de Dirección para la vida y las virtudes religiosas en la Compañía de María, 1829. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 244-245, nn. 33-34).*

5. ¿Qué te dice tu corazón?

Cada carta de Adela es una ventana abierta al discernimiento y al camino marianista que va abriéndose paso. Adela pertenece a la primera generación de jóvenes que buscan una consagración especial y, a la vez, ayudan a otras a realizar ese mismo camino marianista. La larga relación epistolar con Melania Figarol es un ejemplo del primitivo acompañamiento vocacional en los orígenes marianistas. Ese «¿Qué te dice el corazón?» es toda una interpelación a nuestro caminar, a nuestra situación.

J.M.J.T.

11 de noviembre de 1820

¡Dios mío, qué largo es mi destierro!

¡Con qué gran satisfacción, queridísima amiga, hemos recibido noticias tuyas, de las cuales nos veíamos privadas hace ya mucho tiempo!

He tenido un gran consuelo al ver que te mantienes entregada a la salvación de las almas, precio de la sangre de nuestro Salvador. ¡Que un deseo cada vez más ardiente por tan noble fin nos abra! Estemos dispuestas a consumirnos, a sacrificarnos por la salvación, incluso de una sola alma. San Ignacio decía que aunque sólo evitara un único pecado mortal, daría por bien empleados todos sus trabajos.

Te lo ruego, querida hija: no dudes de que tenemos siempre los mismos sentimientos contigo y de que estamos dispuestas a acogerte en cuanto la Providencia te traiga. No te preocupes de nada más [...].

Te voy a decir lo que me brota del corazón: después de tres años, tu vocación debes tenerla tan clara como para tomar una decisión definitiva. El corazón de tus padres lo sentirá, pero, en fin, no te necesitan, tienen otros hijos... No diría yo lo mismo a una hija única; pero es preciso que Dios nos hable claro cuando nuestros padres tienen necesidad de nosotras. "Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a los muertos". Por lo demás, querida hermana, trátalo con tu Ananías; él debe ser para ti el interprete de la voluntad de Dios, y piensa que en cuanto llames a nuestra puerta te abriremos... ¡Qué felicidad si pudiéramos comenzar el año juntas! Pero, querida amiga, ¿qué te dice tu corazón?

Ahora tenemos ya dos casas, y se habla de nuevos establecimientos; cada una de nosotras puede esperar cambios. Se ha acostumbrado una a una casa, quiere a sus hermanas, y de pronto recibe una obediencia para ir a otra comunidad que tiene necesidad de alguien más. ¿Hará vacilar esto una vocación?

Me complace que me digas que estás trabajando un poco por mantener el silencio. Pero nosotras solemos hablar de cinco silencios: el de la palabra, el de los signos, el de la mente, el de las pasiones y el de la imaginación. Se trabaja por adquirir gradualmente cada silencio.

Por el de los signos se trata de controlar los gestos que demuestran nuestros diferentes sentimientos; por ejemplo, manifestar con un ademán o con mala cara que algo nos molesta o nos contraría; se trata de dominar un exceso de alegría y de evitar ciertas contorsiones del cuerpo que así lo atestiguan.

Por el de la mente se trata de acostumbrarnos a no perder el tiempo con pensamientos inútiles, y poder concentrarnos en pensamientos piadosos, como el de la presencia de Dios, etc.

El de la imaginación es esforzarse en no dejarse llevar por ensueños y no ocuparse de quimeras.

El de las pasiones es imponer silencio a los movimientos desordenados del corazón.

Te he dado un breve bosquejo del trabajo en que tendrás que ocuparte en el noviciado. Pero no hay que llevar todo este trabajo a la vez; no se conseguiría nada. Una cosa después de otra. Por ahora, conténtate con el de la palabra y un poco con el de los signos.

Todas nuestras hermanas te abrazan y te echan de menos. Te quiero en Nuestro Señor Jesucristo.

Sor María

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 413. A Melania Figarol. Tarbes).

6. Orando en el camino

Llamamos doxología a toda oración de alabanza que se dirige a Dios para glorificarlo (doxa= gloria) o proclamarlo santo. En la eucaristía hay dos momentos solemnes doxológicos: el "Santo", y el "Por Cristo, con él y en él." También en la tradición marianista existe una doxología que, como todas las compuestas en la Iglesia, testimonian la gloria o santidad de Dios. Pero lo típico de la doxología marianista es el carácter mariano que tiene: es María la que glorifica al Señor «en todas partes», como primera discípula de Jesús y modelo de la Iglesia. Recordemos que María, en su cántico de alabanza, fue la primera persona del Nuevo Testamento que glorificó al Dios salvador. Por eso podemos decir que nuestra oración es un magnificat abreviado.

DOXOLOGÍA MARIANISTA

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo
sean glorificados en todas partes
por la Inmaculada Virgen María. Amén